

3

Cómo Ayudan los Angeles

LA MAS preciosa experiencia del colporteur, su mayor galardón y su mayor felicidad, están en la reconfortante presencia de Dios con él, sin la cual no alcanzaría éxito real y permanente.

El colporteur goza de este envidiable privilegio de trabajar con Dios y de sentir que Dios trabaja con él. A los que salen en su nombre, Jesús prometió su todopoderosa presencia, al decir: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Esa maravillosa presencia se manifiesta mediante los "ángeles, poderosos en fortaleza" (Salmo 103:20), que alientan e iluminan al fiel colporteur, lo protegen en su sagrado trabajo y le dan verdadero éxito.

Oyó cantar al ángel

El siguiente caso es una de las más hermosas e inolvidables apariciones angelicales. Sucedió en el Estado de Goias, Brasil, en la zona del río Caiapó que desemboca en el gran Araguaia. Allí cerca había una mina de diamante, pero el Señor tenía otros diamantes más valiosos que extraer.

Un viernes de tarde, desde el interior de su casa en esa región, un hombre oyó un hermoso canto, nuevo para él, una melodía tan bella y encantadora como nunca antes había oído en su vida. Al prestar más atención notó que no era una sola persona la que cantaba. Tan cautivante era el canto que salió a ver quiénes estaban cantando.

Desde la puerta de su casa en el valle, vio que dos desconocidos descendían la colina cantando juntos. Como venían hacia su casa, quedó afuera esperándolos, mientras contemplaba su atrayente aspecto y los escuchaba deleitado. Los siguió con la vista hasta que entraron en un bosquecillo que terminaba exactamente frente a su casa.

Uno de los que cantaban era el colportor Antonio Miranda. Tan feliz se sentía en su divino trabajo, que venía cantando en alta voz el himno “Seja o coração alegre”, que en español es el himno 460 y que empieza diciendo: “Corazones siempre alegres”. Miranda cantaba sin saber que su ángel lo estaba acompañando en su canto y en su felicidad.

Cuando Miranda terminó de atravesar ese bosque, saludó al señor que lo estaba esperando frente a su casa, quien inmediatamente le dirigió esa pregunta que tantos colportores han oído:

—¿Dónde está su compañero?

—Yo vengo solo —contestó Miranda.

—No puede ser. Yo los vi a los dos bajando juntos la colina hasta que entraron en el bosque, y también les oí cantar ese canto tan bonito.

En seguida Miranda comprendió y le dio al admirado vecino, la siguiente explicación:

—Ud. ha tenido hoy un gran privilegio. Vio al ángel que me acompaña en mi trabajo y hasta lo oyó cantar.

—¿Será posible? —exclamó el hombre impresionado, y lo invitó a su casa.

Miranda le leyó el Salmo 34:7, y cuando le presentó sus libros, el hombre los encargó sin vacilar. Había otros dos vecinos cerca. El colportor tuvo tiempo, antes de la puesta del sol, de visitarlos, tomar sus pedidos y volver a hospedarse en la primera de esas tres casas.

Ese sábado Miranda lo pasó estudiando la Biblia con esas tres entusiasmadas familias. Cuando volvió a entregar los libros, les dio otros estudios. Cuatro años después, las tres familias fueron bautizadas por el pastor Pablo Seidl, entonces presidente de esa misión.

En esa ocasión, Antonio Xavier Rodrigues, el hombre que vio al ángel, le contó emocionado esa experiencia al pastor Seidl, y le dijo: “Ese día yo tuve un gran privilegio. Vi al ángel del Señor y lo oí cantar”.

Entre dos ángeles

En los ocho meses que Joselito Tertulién colportó en la República Dominicana, ganó a diez almas y dejó a otras 17 personas guardando el sábado.

Una de sus más hermosas experiencias ocurrió un domingo. Contrariamente a su costumbre, ese día Tertulién salió al trabajo llevando consigo una Biblia para la venta. Mientras se acercaba a su territorio, iba pensando: “¿Por qué traje esta Biblia conmigo? ¿A quién se la voy a ofrecer?”

En la primera casa que visitó, Tertulién dijo a la señora que lo atendió: “Señora, ¿no necesita Ud. una Biblia?” ¿Por qué ofreció esa Biblia en esa desacostumbrada forma negativa? Al oír esa pregunta, la señora miró al colporteur con visible sorpresa, y casi confundida contestó: “Sí”.

El caso parecía sin trascendencia, pero una semana más tarde, esa señora le contó a una vecina adventista, y ésta se lo comunicó al colporteur: “La noche anterior a la visita de ese joven, yo soñé con él. Vi que se acercaba hacia mi casa caminando entre dos jóvenes bien parecidos, vestidos de blanco. La ropa de ellos resplandecía, y esa luz rodeaba también a ese joven. Al llegar cerca de mí, me preguntó: ‘Señora, ¿no necesita Ud. una Biblia?’ Y después qué se la compré, en el sueño me dijo: ‘Conviértase pronto, porque la hora del juicio ha llegado’ ”.

Esa señora nunca antes había leído la Biblia, y no conocía el texto apocalíptico, “la hora del juicio es venida”. No obstante, oyó esas palabras en su sueño y las recordó. Ella fue una de las 17 personas que quedaron guardando el sábado y preparándose para unirse a la iglesia.

¡No hay experiencia más tonificante en la vida que trabajar en compañía de Dios y ganar almas para su reino! Ojalá que más personas se dedicasen a esta obra.

Un ángel les da éxito

Gustavo Penagos y su compañero fueron a colportar al pueblo de Pitalito, en el Departamento de Huila, Colombia. Hacía sólo cuatro meses que Penagos colportaba, y esa mañana se sentía nervioso por ser la primera vez que iba a visitar a las autoridades.

Primero fueron a visitar al jefe de policía. Cuando se acercaban al cuartel, vieron en la puerta a un cabo y a cinco policías. Los dos colportores se extrañaron de que tan pronto como el cabo los vio, entró con sus compañeros al cuartel.

Al llegar los colportores vieron adentro, en un largo corredor, a unos veinte policías sentados y de mucha jarana. Cuando entraron, los policías guardaron inmediato silencio. Como si grandes personajes hubieran llegado, se pusieron de pie y quedaron mirándolos fijamente.

Con cierta aprensión, Penagos pensó: “¿Iremos a tener problemas?” Caminaron entre la doble fila de policías hasta el fin del corredor, donde estaba el cabo esperándolos, también de pie. Cuando pidieron la entrevista con el comandante, por un momento el cabo quedó mirándolos en silencio, y después les preguntó:

—Y ese otro señor vestido de blanco que venía con Uds., ¿dónde quedó?

—Nosotros venimos los dos solos —explicó Penagos.

—No. Yo vi a otro hombre con Uds. y los soldados también lo vieron.

Sin comentar más, el cabo los llevó ante el comandante, que encargó los libros en seguida. Y el cabo hizo lo mismo.

Al salir del cuartel, el compañero de Penagos le dijo: “Ese tercer hombre vestido de blanco que vieron los soldados, debe haber sido el ángel que nos acompaña”. Ante esta explicación, Penagos sintió tanta emoción que casi le brotan las lágrimas. Al mismo tiempo se sintió con más ánimo y seguridad que nunca.

En la alcaldía tuvieron otra experiencia nueva para ellos. El jefe de policía les había dicho que el alcalde nunca

compraba libros de nadie. Sin embargo, los encargó sin vacilar. Y en la alcaldía, uno tras otro, todos solicitaron los libros.

En seguida visitaron a un comerciante. Después de anotar su pedido le preguntaron por el vecino. Y él les aseguró enfáticamente que ese vecino no les compraría, por ser ateo. No obstante, ese hombre también cedió al poder que les acompañaba.

El día de la entrega, este hombre les dijo: "Yo nunca compro libros. Ni aun de mi padre los compraría. ¿Qué me hicieron Uds. aquel día para que yo se los comprara?" Penagos respondió: "Estos libros explican el gran plan de salvación y lo que Dios pide de Ud.". "Bueno, entonces los voy a leer", les aseguró él.

Aquel día, esos colportores hicieron la mayor venta de su vida. No tomaron más que 19 pedidos, porque no pudieron visitar a más personas, y todos fueron entregados. Ese es el feliz resultado cuando el colportor trabaja con la fortaleza angelical.

El día de mayor venta

En una de esas hermosas asambleas anuales de colportaje, Elías Mora nos contó una singular experiencia que le dio el día de mayor éxito de su vida.

Mora estaba colportando en Talcahuano, Chile, con el libro *La mayor conquista de la vida*. Había trabajado algunos días junto con su compañero, y ahora iba solo, mientras el otro colportor trabajaba en la base naval.

Mora llamó a un bonito chalet, y la señora de la casa, en vez de salir por el frente a atenderlo, se asomó por una puerta lateral. Cuando Mora llegó hasta donde la señora lo esperaba, ella le preguntó:

—¿Y su compañero, dónde quedó?

Cándidamente, Mora respondió:

—Está trabajando en la base naval.

La señora lo miró un momento en silencio y comprendiendo, ella misma respondió a su propia pregunta diciendo:

—No, no es eso lo que estoy preguntando. Ahora me doy cuenta de que quien venía con Ud. era un ángel. Los ángeles les acompañan a Uds.

—Bueno, es verdad —admitió Mora emocionado—. Como traigo un mensaje del cielo para Ud. un ángel de Dios va conmigo.

Después, Mora sacó el prospecto y quiso presentarle su libro, pero ella lo interrumpió diciendo: “No necesita explicarme el libro. Tráigamelo”. Y lo invitó a entrar a la sala. Ahí Mora le explicó que él era adventista y lo que eso significaba. Oro con la señora y la invitó a la iglesia.

Al contar esta experiencia, Mora agregó: “Al saber que un ángel del cielo me acompañaba, me sentí tan fortalecido que ese fue el día de mayor venta de mi vida”.

¿Quién era ese hombre?

“De muchas maneras ayuda Dios al que se dedica de todo corazón a su obra”, nos dijo Segundo Gerena, de Colombia. Estaba desbordante de gozo, porque ese año Dios le había ayudado a ganar a cinco personas para Cristo. Entonces nos contó el siguiente alentador episodio de su trabajo.

Estaba colportando en el pueblo de San José. De ahí a Medellín corría un solo tren al día, a primera hora de la tarde. Si él intentaba visitar todas las casas de ese pueblo, perdería ese tren de regreso. Al fin decidió quedar y visitar cada hogar.

Ese día terminó su trabajo tarde, y no habiendo otra alternativa, decidió pasar la noche en la estación del ferrocarril. Llegó cansado y con hambre. Estaba oscuro y ya se sentía el frío nocturno de la altura. Usando su maletín de almohada, se acostó en un banco de la estación.

A eso de las diez de la noche, Gerena oyó que se acercaba un tren de carga en dirección a Medellín, pero él sabía que no paraba en esa estación. Oyó el estrépito del tren, cuyo paso hizo retremblar la estación, pero no le prestó atención. Sin embargo, en seguida oyó que después de alejarse, el tren frenaba bruscamente y retrocedía hacia la es-

tación. Entonces uno de los maquinistas bajó con un farol en la mano, buscó por toda la pequeña estación, y al ver a Gerena acostado, le preguntó excitado:

—¿Quién era ese hombre que con una linterna roja nos hizo señal de parar?

—No sé —respondió el colportor.

—¿Ud. no vio a alguien por aquí? —insistió el maquinista.

—No. Yo no vi a nadie.

Entonces el conductor le explicó: “Nosotros vimos a un hombre alto, vestido de manto, que con una linterna roja nos hizo señal de parar. Y lo más raro fue que después de pasar la estación, el tren empezó a frenar de por sí y a parar solo”.

Por entonces Gerena se había incorporado. El hombre le preguntó qué hacía él ahí a esa hora. Y aunque no les era permitido llevar pasajeros, lo invitó a viajar con ellos.

Una vez arriba, Gerena notó que todos estaban impresionados. Volvieron a contarle el caso del extraño hombre vestido de manto, lo de la luz roja, y la misteriosa frenada del tren.

Gerena les explicó a los asustados conductores que él era misionero adventista, y que “el ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende”.

Uno de ellos le preguntó: “¿Cómo puedo conseguir una Biblia?” “Aquí la tiene” contestó él, y le vendió ese ejemplar extra que llevaba. “Tráigame dos para mí”, le pidió el otro maquinista.

Y mientras el tren seguía su viaje, llevando consigo al colportor y a su ángel, Gerena les dio un largo estudio bíblico y los invitó a nuestra iglesia. Y los dos hombres asistieron.

No podía hablar

Después de haber colportado un tiempo en Veracruz, México, Lorenzo Morales dejó la obra. Entonces tuvo un sueño que lo perturbó. Vio que el mundo entraba en el

tiempo de angustia, que se desataba una gran tempestad y que mucha gente moría. En la siguiente noche tuvo otro sueño, durante el cual oyó una voz que le dijo: “El reino de Dios está cerca. Debes seguir colportando”.

Cuando se reintegró al colportaje, fue con su compañero a visitar primero al jefe de policía. Al entrar en la jefatura, quedó sorprendido de que los guardias le rindieran respeto poniéndose de pie. Sin reparo, el jefe compró los libros. Cuando Morales le pidió autorización para visitar a los subalternos, el jefe no respondió. Guardó un largo silencio. El colportor repitió su pedido, y el jefe parecía que no podía hablar. Al fin respondió:

—Bueno, les voy a dar permiso. Pero antes dígame: ¿Quiénes venían con Uds. cuando entraron en mi oficina?

—Pues, nadie venía con nosotros —respondió Morales. Pero el jefe insistió:

—Yo vi a dos hombres vestidos de blanco, que venían con Uds. ¿Quiénes eran? ¿Dónde quedaron?

—Esos son los ángeles de Dios, que nos acompañan —explicó Morales.

Otra vez el jefe quedó sin poder hablar. Cuando se repuso, les dijo: “Bueno, pueden visitar a los demás”.

¡Qué hombre tan atrayente!

Cerca de Río de Janeiro, Walter Silva entregó el libro *Avenidas da Saúde* [Los caminos de la salud] y la Biblia a un comprador, en presencia de la esposa. Después de cobrar el importe, Walter tomó una de las revistas que le había entregado, les señaló un artículo y les habló de la fe.

Desde la ventana de la sala se veía un cementerio. Mirando en esa dirección, les dijo: “Los cristianos tenemos una gran esperanza. Aunque tengamos que bajar a la sepultura, Dios nos dará de nuevo la vida, si ahora aceptamos a Cristo”.

Entonces Walter oró con ellos, y al terminar la oración tuvo la experiencia más emotiva de su vida. En ese momento, la señora miró hacia el colportor y vivamente conmovida, le dijo: “Sr. Walter. ¿Quién es ese hombre tan

hermoso que está detrás de Ud.? ¡Qué hombre tan atractivo, señor Walter! ¡Qué cabello tan bonito tiene! ¡Qué mangas tan anchas vistel!” Y con los ojos humedecidos por la emoción, agregó: “¡Nunca vi a una persona tan hermosa!”

Walter también quedó conmovido. Miró detrás de sí, pero no vio a nadie. No obstante, le explicó a la excitada señora y a su esposo que el ángel de Dios acompaña a los que trabajan para él.

¿Dónde está su iglesia?

El dueño de una barraca de lana le encargó a Pedro Marcelli, el libro *Fuerza y salud* y la Biblia. Esto ocurrió en Bahía Blanca, Argentina.

Marcelli fue a entregar el libro a la casa particular de este hombre. Cuando llamó, salió a recibirlo la señora. Al verlo, se adelantó hacia él con alegría y le preguntó: “¿Es Ud. el hombre de los libros?” Marcelli respondió afirmativamente y quiso abrir su maletín para entregárselos. Pero ella lo detuvo diciéndole:

—Un momento. Antes de darme los libros, dígame una cosa, pero dígamela con sinceridad. ¿Quién era ese hombre que estaba a su lado cuando yo abrí la puerta?

—Señora, yo no vi a nadie.

—Cuando abrí la puerta —siguió diciendo ella—, vi a su lado a un hombre alto, elegante como nunca he visto en mi vida. ¿De qué religión es Ud.?

—Soy adventista del séptimo día.

—¡Ah! Entonces ya sé quién estaba con Ud. —aseveró ella.

Reaccionando, Marcelli le dijo:

—Bueno, Ud. sabe que los ángeles acompañan a los que hacen la obra de Dios.

—Así debe ser —asintió ella—. El hombre que yo vi debe haber sido un ángel. ¿Dónde está su iglesia?

Marcelli le dio la dirección, y cuando le entregó el libro y la Biblia, la señora no prestó mayor atención al libro.

Tomó la Biblia, la abrazó, y exclamó con alegría: “Este es el libro que yo quería tener”.

Los vi a los seis

Era antes de Navidad. En el norte de México, dos colportores estaban haciendo su última entrega de ese año, acompañados por el subdirector Rafael Grajeda. Los colportores eran Eduardo Loera y Macario Tarango. La entrega se desarrollaba con excelente éxito. Empezaron el lunes, siguieron el martes y miércoles, yendo siempre los tres juntos.

Poco antes del mediodía del miércoles, estaban los tres colportores frente a un puesto de fruta, apagando su sed con algunas naranjas, cuando pasó un profesor de música, a quien dos días antes le habían entregado sus libros. Al verlos, el profesor se detuvo, los saludó sonriente, y les dijo: “¿Saben? Ayer los vi a Uds. seis andando juntos muy felices”.

Uno de los colportores le contestó: “Nosotros somos tres solamente”. “No —insistió enfáticamente el profesor—, yo los vi andando en grupo. Uds. eran seis, y se veían muy bien”.

Los colportores recordaron entonces las palabras: “A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos”. Esta es otra evidencia de que nada menos que los ángeles de luz acompañan a los colportores, y por alguna razón, a veces se hacen visibles a ciertos ojos.

Un colporteur ve a su ángel

Este es un caso único. Hacía apenas cuatro meses que Jesús Velazco estaba colportando, cuando tuvo la sin igual ocasión de ver él mismo a su ángel acompañante y de oírlo hablarle. Ocurrió en Cali, Colombia.

Una mañana, antes de empezar su trabajo, Velazco se detuvo a orar en la esquina próxima de donde iba a empezar su trabajo del día. Mientras oraba, sintió que una mano se posaba sobre su hombro. Al mirar vio a una persona alta, de un aspecto tan atrayente como nunca había

visto antes, que le dijo: “Ud. está orando a nuestro Señor. El nunca lo desampará”.

Después de decir estas animadoras palabras, el desconocido se retiró. Cuando Velazco se repuso de la sorpresa y la admiración, miró para ver quién sería ese personaje, y no lo vio más.

Mientras pensaba en esa extraña experiencia, siguió hasta la casa donde iba a empezar su trabajo, sin saber que le esperaba otra maravilla. Después de llamar, salió una señora con una taza de café en la mano. Evidentemente se había levantado del desayuno para atenderlo. Cuando vio a Velazco, la señora se sobresaltó tanto, que se le cayó la taza que traía en la mano y se quebró.

Entonces ella se asomó y miró por la calle; primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda; y al no ver a nadie, le dirigió a Velazco la pregunta de siempre:

—¿A dónde se fue su compañero?

—¿Qué compañero, señora? —preguntó Velazco.

—Ese hombre vestido de manto que venía con Ud.

Y sin esperar respuesta, invitó a Velazco a entrar. Llamó a su esposo, y en su presencia le dijo al colportor:

—Lo más pronto que pueda, tráigame una Biblia.

—¡Pero, señora! ¿Quién le dijo que yo vendo libros? —preguntó el colportor.

Entonces ella le reveló el misterio, al decirle: “Anoche soñé con Ud. Lo vi caminando hacia mi casa, acompañado de un hombre alto, atrayente, vestido de un largo manto. Ud. venía hablando animadamente con él, mostrándole unos libros que lleva en ese maletín”.

¡Qué grande es la gracia que Dios manifiesta hacia los colportores y las almas! Ese personaje le dijo al colportor: “El Señor nunca lo desampará”. Y el salmista agrega: “Ninguno de cuantos esperan en ti será confundido” (Salmo 25:3).

Una lucha entre dos ángeles

Escasa idea tenemos de la lucha real que se libra entre los ángeles caídos y los ángeles de luz. A veces se descorre

ligeramente el velo y percibimos una vislumbre de esa lucha, como en el siguiente caso extraordinario ocurrido en el Uruguay.

En la ciudad de Florida un colportor había encontrado un grupo de espiritistas que se interesaron en la verdad. Debido a que él fue trasladado a otro lugar, el director de colportaje mismo siguió atendiendo a esos interesados.

En la primera ocasión en que el director los visitó, el jefe espiritista lo invitó a que les hablara en su sesión nocturna. Ese día ocurrieron cuatro claras evidencias de la gracia de Dios.

Primera evidencia. Cuando el director fue a preparar el estudio para esa noche, oró a Dios y recibió inmediata respuesta. El director estaba todavía en oración, cuando vino a su mente con inusitada claridad, todo el tema que convenía presentar. Vio el comienzo del estudio, sus diversas partes y la forma de presentar a Cristo dentro del tema. Así, antes de levantarse de la oración, agradeció a Dios por su rápida respuesta. Parecía que esa noche algo grande iba a suceder.

Ese director nunca había asistido a una sesión espiritista, y estaba curioso pero tranquilo, porque confiaba en que los malos espíritus nada podrían hacer en presencia de un hijo de Dios y de su ángel.

Cuando el director llegó a la sesión, encontró en un cuarto a media luz, unas veinte personas, sentadas en círculo contra la pared, y el jefe sentado frente a ellas, detrás de una mesa.

Segunda evidencia. La sesión empezó en seguida. El jefe leyó media página de un libro espiritista e hizo una invocación llamando a los espíritus. Pero ninguno respondió. Volvió a leer otro párrafo de su libro y a llamar con más fervor a los espíritus. Repitió esas tentativas durante unos veinte minutos, sin que nada "visible" sucediera.

Durante todo ese tiempo, el director estaba orando en silencio por esas almas engañadas. Por fin, visiblemente defraudado, el jefe espiritista cerró su libro, lo arrojó ner-

viosamente sobre la mesa, e invitó al director a hablar. Así, no hubo ninguna manifestación de los malos espíritus.

Tercera evidencia. En ese momento el director sintió el poder de Dios en sí mismo y en los demás. Sucedió algo notable. Mientras él presentaba el estudio, sintió una claridad mental y una libertad de exposición, que no le eran naturales y que nunca había experimentado antes. Y los oyentes se veían sumamente atentos, ávidamente interesados, a tal punto que cuando terminó el estudio, el jefe le dijo con vehemencia: “¿Cómo? ¿No nos habla más? Siga, que queremos conocer más de la verdad”. Entonces el director les dio un segundo estudio improvisado.

Cuarta evidencia. Cuando el director volvió a su casa al día siguiente, la esposa le preguntó:

—¿Dónde estuviste anoche, a eso de las ocho?

—En una sesión espiritista, predicando. ¿Por qué?

—Porque anoche a esa hora, sentí la impresión de que estabas en un grave peligro, y me puse a orar por ti.

El director siguió asistiendo a esas sesiones espiritistas, que desde entonces se convirtieron en reuniones de predicación adventista.

Después de la séptima reunión, el director pensó que ya era tiempo de explicarles su grave error a esos interesados. Para eso visitó al jefe en privado. Entonces el jefe le reveló al director la sorda lucha espiritual que se había librado en la primera visita. En aquella ocasión, una señora había llegado tarde a la sesión, cuando el director de colportaje ya había empezado a presentar su estudio. En ese momento ella vio a los dos ángeles en lucha.

Cuando esa señora llegó a la puerta y quiso entrar, vio agazapada detrás del jefe espiritista, una tenebrosa figura, de rostro feo y malo. Tanto se asustó ella, que no se animó a entrar y retrocedió.

Cuando la señora se repuso del susto, de nuevo se acercó a la puerta para entrar. Esta vez miró al director que estaba de pie hablando, y vio detrás de él, a un resplandeciente ángel blanco, con sus alas extendidas sobre el direc-

tor, protegiéndolo del mal espíritu que estaba detrás del jefe espiritista. La señora quedó mirando extasiada al ángel de luz, hasta que alguien la invitó a entrar.

Entonces, al oír esta explicación, el director entendió por qué en aquella primera visita no hubo ninguna manifestación espiritista, y por qué él había sentido tanta libertad mental y tanto poder para presentar el estudio.

Alrededor de la mitad de aquellos espiritistas, diez de ellos, se libraron del engaño y se unieron a la iglesia remanente. Los primeros fueron el jefe espiritista, Longino Pereda y su esposa. El colportor que los encontró fue Catalino Paiva, y el director que los siguió instruyendo fue Nicolás Chaij.

Conclusión

La ayuda de los santos ángeles es tan real e imprescindible como el aire que respiramos. De igual manera, el éxito en la venta de cada libro y de cada revista y el éxito en la ganancia de almas dependen de la ayuda angelical.

La Hna. White explica la razón del éxito de los colportores en estas palabras: “Nuestros colportores están obteniendo señalado éxito. ¿Y por qué no habrían de alcanzarlo? Los ángeles del cielo actúan con ellos” (*El colportor evangélico*, pág. 154).

“Los colportores que han nacido de nuevo por la obra del Espíritu Santo, serán acompañados por los ángeles, que irán delante de ellos a las moradas de la gente, preparándoles el camino” (*Id.*, pág. 123).